



La chica corre hacia el río con un disco metálico clavado en el muslo izquierdo. Sangra tanto que el zapato se le ha llenado de sangre y a cada paso nota la humedad caliente. Piensa que tal vez encontrará refugio entre las cañas y los árboles de la orilla. Huye del terror. Huye de lo que acaba de ver. Huye de las imágenes que le saltan, le rebotan, le estallan dentro de la cabeza. Ya no es ella misma; es solamente la huida, las ganas de alejarse de todo aquello.

Mientras corre, la persiguen las imágenes de la batalla. El ejército del norte había caído en una trampa. Los de las Cinco Comunidades los habían sorprendido mientras avanzaban por una carretera del mundo de antes, encajonada entre dos taludes y con sus vallas y protectores metálicos a ambos lados. Había sido una gran imprudencia aprovechar la carretera para avanzar más deprisa que por los caminos de cabras. Habían aparecido de repente, allá arriba. Los del norte no tenían dónde protegerse. Había sido una matanza.

Era verdad lo que le habían dicho: el gobierno de las Cinco Comunidades, formado por adultos, solamente enviaba chicos y chicas a la guerra. Entre los enemigos, ninguno pasaba de los diecisiete o dieciocho años. La chica los había visto de cerca. Les había visto

las caras de rabia, y había oído sus gritos mientras cargaban sus lanzadoras de discos de corte.

La chica corría y volvía a ver los discos que volaban, que brillaban al sol y que amputaban brazos y partían cabezas. Y volvía a ver un disco que se hundía en el pecho de un compañero, y otro que rebotaba sobre el asfalto, silbaba, tintineaba y se incrustaba en la frente de una compañera.

La chica corría y recordaba cómo había intentado subir por el talud para huir de la trampa. Había resbalado, lo había vuelto a intentar, había vuelto a resbalar y había arañado la roca con las uñas. Tenía las uñas astilladas y separadas de la carne. Le sangraban.

Recordaba los gritos, las órdenes confusas, los gemidos de dolor, las explosiones. Algunos compañeros intentaban inútilmente subirse al talud. Caían y rodaban, heridos de muerte: imposible huir por allí. Ella intentó escaparse por la carretera, detrás de otros compañeros que corrían bajo una lluvia de discos y dardos. Pero poco después los esperaba una formación de lanzadores que disparaban sin piedad. A su lado los compañeros empezaron a caer. Hombres mayores, combatientes con más experiencia, caían mutilados, heridos de muerte bajo la lluvia de discos lanzada por un ejército de adolescentes.

¿Cuánto tardarían en tocarla a ella? ¿Le partirían el cráneo de un golpe limpio o sería un final mucho más cruel?

Siguió corriendo, como tantos de sus compañeros, con la esperanza de que la formación de lanzadores

acabaría cediendo bajo el alud de tantos compañeros desesperados que intentaban huir. Y, de pronto, el dolor, y la sangre en los pantalones, y la sensación, mientras corría, de que tenía un pie bañado en sangre dentro de la bota.

Unos metros más y llegaría a las cañas. Y más allá el río, ancho y gris, pero poco profundo. Aún había alguna camioneta enemiga que se había quedado embarrancada, con el agua cubriéndole las ruedas. Miró atrás. Nadie. Se dejó caer entre las cañas y se quitó el casco.

El disco estaba allí, hundido en el muslo, clavado en el fémur.

Cuando lo vio, perdió el conocimiento.

No recordaba lo que había soñado, pero le pareció que venía de un mundo más seguro, más protector. Tal vez había soñado con la escuela. Sí: había soñado con las compañeras, con las clases. Pero había algo más. ¿La cara de su madre? Sí: había soñado que entraba en una de las cabinas de hologramas, decía su nombre y su madre aparecía desde la oscuridad.

—¿Cómo estás, hija?

—¡Estoy bien! ¡Estoy muy bien! —decía ella.

Mientras trataba de recordar el sueño, también intentaba adivinar dónde estaba, pero sin poner mucho interés: le parecía que estaba flotando, que su cuerpo no pesaba, y no había nada que le doliera ni nada que le preocupara excesivamente. No había dolor, ni inquietud.

Pensó que estaba drogada. Era extraño que no tuviera miedo, que no se sintiera angustiada, que el corazón no se le disparara. Sí, porque aquello era un hospital, y olía a hospital, y había ruidos de hospital: de puertas correderas, de ruedas de camillas en el pasillo, de aparatos electrónicos. De manera que tenía que estar herida. Oh: ya lo pensaría después. Ahora quería recordar el sueño, pero se le escapaba. Quería retornar a aquel territorio seguro, pero no podía. Quería huir del hospital en el que estaba, y quería huir de todos los recuerdos recientes. De la guerra. De las batallas en el desierto. De tantos días de insomnio. De tantos compañeros muertos.

Cerró los ojos, pero ya no conseguía volver a soñar. Tenía que resignarse a la realidad. Y la realidad era demasiado dura. La escuela ya no existía. Hacía un año, un pequeño grupo de adultos salvajes la habían raptado y la habían retenido con ellos durante más de tres meses. Después, la habían liberado los soldados del norte. Pero el mundo, allí afuera, no era como se lo había imaginado cuando estaba en la escuela. Había carreteras abandonadas, fábricas cerradas, ciudades enteras desiertas. Y había una guerra entre las ciudades del norte y las llamadas Cinco Comunidades.

No podía volver a soñar, pero tampoco tenía ningún recuerdo, ninguna esperanza, ninguna ilusión a la que agarrarse: ninguna amistad sólida, ningún recuerdo reciente que valiera la pena recordar. Todo lo que podía hacer era recordar la escuela. Volver atrás. A los tiempos cada vez más remotos en los que podía hablar con sus

padres, aunque solo fueran hologramas grabados hacía ya algunos años.

Lo había perdido todo.

Volvió a abrir los ojos y se concentró en la habitación. Paredes blancas manchadas, sucias. Una cama de plástico. A la derecha, otra cama, ahora lo veía, con un cuerpo bajo las sábanas y una cabeza vendada, inmóvil, de la que salían unos cuantos tubos. Una ventana con los cristales sucios que dejaban adivinar un cielo deslumbrante, sin nubes, cargado de polvo y de humedad, más blanco que azul.

¿Qué le dolía? Parecía que nada. Pero era evidente que no tenía la sensibilidad de siempre. Que apenas notaba el peso de su cuerpo. Que alguna droga la mantenía en un estado artificial de bienestar. ¿Podía mover los dedos de la mano? Lo intentó. Con grandes esfuerzos, pero sin dolor, consiguió que las manos, que respondían lentas e inseguras, salieran de debajo de las sábanas. Cerraba y abría los párpados. Podía mover el cuello. Movía los dedos de las manos. El cuerpo, más o menos, le funcionaba.

Movió los dedos de los pies. Se concentró en el pie derecho. Y veía el movimiento de los dedos bajo las sábanas.

Después se concentró en el pie izquierdo. También notaba que se movían.

Sí que se movían. Pero no veía ningún movimiento bajo las sábanas.

De hecho, no veía la forma del pie bajo las sábanas. Se puso a gritar.

Y no dejó de gritar hasta que la enfermera le clavó una jeringuilla en el brazo y el tranquilizante le hizo efecto.

Ahora ya no la torturaban los recuerdos de la batalla. Era como si fuesen los recuerdos de otro. Flotaba en una nube de indiferencia. Y con esa indiferencia volvió a mirarse la pierna. ¿Dónde se acababa su cuerpo? ¿Por dónde le habían cortado la pierna?

La chica se daba cuenta de que pasaban las horas y que dormía y se despertaba, pero no tenía una conciencia clara del tiempo, ni ninguna prisa por hacer nada, ni sensación de aburrirse. Durante aquel tiempo indefinido, una especie de eternidad blanca y vaporosa, el mundo exterior eran las sábanas, el techo y las paredes, un cielo más gris o más blanquecino en la ventana. También estaba la alegría de una cara que aparecía y desaparecía de vez en cuando: una enfermera simpática, con los ojos azules como un cielo de montaña y una sonrisa amplia, que la hacía reír no sabía bien por qué.

Durante ese tiempo infinito observó en diversas ocasiones que la pierna izquierda no mostraba, bajo las sábanas, los mismos bultos que la derecha, y que allí donde debería haber una rodilla que formara un bulto, y más abajo un pie que formara otro, parecía no haber nada. Pero esa constatación, por más que le afectara de una manera directa, por más que se refiriera a su propio cuerpo, no tenía mucha más importancia que el resultado de contar los listoncillos de la ventana o las aspas del ventilador.

Una mañana, la enfermera que la hacía reír le dijo que ya era hora de empezar a retirarle las drogas que le daban para evitar tanto el dolor como la desesperación.

—A partir de ahora —le dijo—, tendrás que empezar a enfrentarte a la realidad.

Un médico ya mayor, de pelo blanco y cara pálida y seca, formaba parte de esa realidad. No podía decirse que la tratara mal, pero se expresaba de una manera demasiado directa, sin rodeos, y a veces las cosas que decía le hacían daño.

—¿Cómo estás hoy?

—Yo bien. Me encuentro bien —decía ella.

—¿Bien? ¿No sabes por qué estás aquí?

—Estoy herida. Una herida de guerra.

—¿Sabes dónde estás?

—¿En un hospital?

—Sí. En la ciudad libre de Gandara. ¿No sabes qué te pasa?

—No exactamente. ¿No tengo pie? ¿Me habéis cortado el pie?

—Hemos tenido que cortarte la pierna por debajo de la rodilla.

La chica se desesperaba, se ahogaba, sollozaba. Odiaba al doctor y su cara pálida y sus ojos tristes. Lo odiaba porque le parecía que no tenía compasión.

—¡No quiero, no quiero! —gritaba.

—Has perdido la pierna. No la vida. Y quiero que estés contenta de vivir. Puedes vivir y puedes ser feliz sin tu pierna.

La chica aún tardaría un poco en entender que, para los pocos adultos que vivían en las ciudades, el contacto con los adolescentes era especialmente emotivo. Cualquiera de aquellos chicos y chicas que enviaban al hospital desde el frente podía ser su hijo o su nieto. Cualquier chico o chica les podía hacer pensar en el hijo del que habían tenido que separarse hacía ya diecinueve años, poco después de que comenzara la gran epidemia.

El médico fue el primer adulto en el que confió. A medida que le iban retirando las drogas e iba tomando contacto con el mundo real, se le fue haciendo cada vez más entrañable, y a veces tenía suficiente con abrir los ojos y ver que estaba allí para sentirse en paz.

El día que le quitaron la venda que le protegía el muslo, la chica se mantuvo serena. Y no era fácil mantenerse a flote al ver el bulto de carne recosida en que se había convertido su pierna.

—Caminarás en seguida —le dijo el doctor—. Más deprisa y mejor de lo que piensas.

Siempre tan conciso, tan poco dispuesto a compadecerla, pensó la chica. Porque no vio que en los ojos del médico brillaba algo, una gotita de agua salada que temblaba de emoción.